

«Nuevas» expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales «exitosas»

Carlota Solé y Sònia Parella
Universidad Autònoma de Barcelona

1. INTRODUCCIÓN¹

En la actualidad, de la mano de la incorporaci3n masiva de la mujer en el mercado de trabajo en Espa1a, estamos asistiendo a «nuevas» formas de expresi3n de la maternidad; unas manifestaciones que cuestionan, matizan y debilitan, en las pr1cticas cotidianas, el modelo tradicional de la «maternidad intensiva», basado en una madre dedicada a tiempo completo a sus hijos y que se impuso entre las clases medias y clases altas occidentales durante un breve periodo hist3rico. A lo largo de estas p1ginas pretendemos ir m1s all1 del modelo gen3rico de las madres que, dentro del marco tradicional de la familia nuclear de «dos salarios», tienen que compatibilizar trabajo remunerado y vida familiar («doble presencia») ². La doble condici3n de «madre» y «trabajadora» no es una situaci3n homog3nea. Bien al contrario. Dentro de esta etiqueta se engloban multiplicidad de experiencias, moduladas a partir de la clase social que ocupan las mujeres y las jerarquías de raza y etnia en que est1n insertas.

El objetivo de este art3culo es presentar los principales resultados de una investigaci3n que analiza los factores materiales (barreras profesionales a la promoci3n) e ideol3gicos (ideolog3a de los roles familiares, constructos de la «maternidad») que condicionan la vivencia de la maternidad de las mujeres con actividades profesionales especialmente exigentes y absorbentes en t3rminos de formaci3n y dedicaci3n. Dentro del colectivo de

¹ Este texto recoge los principales resultados de una investigaci3n, *Nuevas expresiones de la maternidad*, financiada por el *Institut Catal1 de la Dona* de la Generalitat de Catalunya, dirigida por la catedr1tica de Sociolog3a Dra. Carlota Solé y coordinada por la Dra. S3nia Parella. El trabajo de campo se ha llevado a cabo durante el segundo semestre de 2003 y en su realizaci3n han participado los siguientes investigadores: K1tia Lurbe, V3ctor Malgesini, Paola Mart3nez, Raquel Moreno y Albert Terrones.

² Este modelo no es nuevo. Generaciones de madres de clase trabajadora han tenido que integrar maternidad y ocupaci3n en sus experiencias vitales. Lo que s3 es m1s reciente es la extensi3n del patr3n de los «dos salarios» tambi3n a las familias de clase media durante las 3ltimas d3cadas.

madres que combinan la crianza de sus hijos y el trabajo no remunerado en el hogar con sus actividades profesionales, existe un pequeño segmento de mujeres con carreras profesionales a las que denominamos «exitosas». Nuestra investigación define «éxito» de acuerdo con las pautas valorativas masculinizadas, en términos de periodo formativo requerido, remuneración, ingresos, estatus social; así como de sistemas de reclutamiento y de promoción fuertemente exigentes y basados en la competencia profesional, la eficacia y la disponibilidad (principalmente horaria, pero también geográfica)³. A menudo, a todas estas orientaciones más productivistas se le añaden orientaciones de índole vocacional o creativo (medicina, carrera académica, investigación, carrera política, artistas...). La relación que tienen estas mujeres profesionalmente «exitosas» con la maternidad, al igual que ocurre en el caso de otros colectivos de mujeres que se han abordado en el estudio⁴, ilustra una serie de transformaciones, resultado de condicionantes económicos, sociales y culturales, que sitúan a estas mujeres como agentes activos de transformación del sentido de la maternidad en nuestros días.

El estudio se aproxima a las estrategias individuales y familiares de estas madres, entendiendo por estrategia familiar el margen disponible de las personas a la hora de optimizar los recursos familiares para adaptarse a las constricciones del medio social (Moreno 2002). La investigación se ha llevado a cabo en el Área Metropolitana de Barcelona, a través de un estudio empírico basado en la aplicación del grupo focal como técnica de recogida de información. Los resultados de los grupos focales nos han permitido conocer los dilemas y las necesidades de estas madres que, si bien comparten con el resto de madres trabajadoras la sobrecarga de la «doble presencia», su proyección en la esfera pública les confiere una serie de especificidades no extensibles al resto de mujeres trabajadoras.

Para comprender los discursos y prácticas alrededor de la maternidad, se requiere partir de una definición de la maternidad como relación social y cultural y superar su dimensión estrictamente biológica; así como sus connotaciones esencialistas. Con este cometido, el artículo arranca con una breve aproximación al contexto global de la transformación de las relaciones familiares y de la emancipación del colectivo femenino,

³ Tal como recogen P. Carrasquer et al. (1996: 134-135), en un estudio sobre la ocupación femenina en el sector financiero, el discurso de muchas mujeres empieza a cuestionar la deseabilidad de una promoción profesional y de éxito en el trabajo definido en términos masculinos. El «rechazo» a este imaginario responde a unas prioridades o valores sobre el «éxito vital» distintos de los oficialmente considerados como válidos. Ello se puede traducir en la priorización de valores como la satisfacción personal, el sentirse a gusto, o hacer un trabajo agradable, por encima del estatus social o el sueldo. Son mujeres que priorizan la realización personal por encima del triunfo laboral.

⁴ A lo largo de esta investigación, además de estudiar las mujeres con carreras profesionales «exitosas», se ha analizado la *gineparentalidad de madres solteras voluntarias* que optan por la maternidad en solitario y que superan la división sexual del trabajo como eje estructurador de las relaciones familiares; así como la «maternidad transnacional». Esta última, debida fundamentalmente a condicionantes de carácter económico y en el contexto de la «internacionalización del trabajo reproductivo», conduce a muchas madres procedentes de países pobres a tomar la difícil decisión de emigrar hacia los países ricos como empleadas domésticas y de separarse temporalmente de sus hijos, durante a menudo prolongados periodos de tiempo.

⁵ La gineparentalidad de las madres «solteras» voluntarias supone desmontar por completo la división

como factores claves en la transformación del significado social de la maternidad. A continuación, se ofrece una revisión teórica del estudio de la maternidad como relación cultural e históricamente variable, que tiene lugar en contextos sociales específicos. La segunda parte del artículo nos presenta una síntesis de los principales resultados de los grupos focales con madres con trayectorias profesionales «exitosas», en los que se constata que, si bien las prácticas cotidianas rompen con el modelo de la «maternidad intensiva» y se encaminan hacia formas de maternidad «compartida» y menos presencial, el peso del imaginario de la «maternidad intensiva» sigue generando frustración y ambivalencia en unas mujeres que no están dispuestas a ver menguar su carrera profesional; pero a las que, al mismo tiempo, les gustaría poder dedicar mayor atención a sus hijos. Todo ello, enmarcado dentro de la falta de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva, causante de que estas mujeres perciban que es su calidad de vida la que se deteriora y no la de sus cónyuges, con la llegada de los hijos. Para ellos, ser «padres» y seguir una trayectoria profesional «exitosa» se plantea como algo compatible, que no implica renuncias ni a nivel práctico ni a nivel simbólico.

2. LOS NUEVOS CONTORNOS DE LAS RELACIONES FAMILIARES Y LA CRISIS DE LA MATERNIDAD «INTENSIVA».

En el marco del cambio social en el que está inmersa la sociedad española, el estudio de los nuevos significados y expresiones del ejercicio de la maternidad requiere partir del contexto global de la transformación de la institución familiar y de la emancipación del colectivo femenino. Gracias a los adelantos científicos en materia de anticoncepción y al cambio ideológico y de valores, los que han dejado de ser una cuestión social y colectiva para convertirse en algo propio y privado. Las parejas contemporáneas difícilmente admiten como «normal» que un hijo no haya sido planificado. Hace más de veinte años se consideraba que las personas que se casaban tenían que tener hijos para consumir su matrimonio; hoy en día, en cambio, empieza a aceptarse socialmente que una pareja decida no tenerlos y esto supone un importante cambio de valores. Ciertamente, la mujer dispone de la posibilidad de gestionar con un amplio margen de autonomía su capacidad reproductiva (Beck-Gernsheim 2003).

Las mujeres postmodernas, definidas por Inés Alberdi *et. al.* (2000) como aquellas mujeres que asumen más directamente la orientación de su propia vida y que constituyen un colectivo de vanguardia en términos de estilos de vida y de preparación cultural, son las que están contribuyendo de manera más directa a la transformación del sentido de la maternidad y a la aparición de formas de maternidad menos convencionales (tener hijos a una edad más avanzada, al margen de la estabilidad de la pareja, maternidades menos intensivas...).

La familia biparental integrada por un padre, una madre y los hijos engendrados por ambos convive con familias monoparentales, cada vez más configuradas a partir de una familia biparental en la que el padre y la madre biológicos no viven juntos, así como a partir de familias recompuestas. También están aumentando, aunque a menor escala, las

familias uniparentales o gineparentales encabezadas por una mujer que, voluntariamente, decide acceder a la maternidad en solitario, ya sea biológica o adoptiva, sin tener una pareja estable y sin contar con la figura del «padre»⁵. Sin embargo, esta diversificación de las expresiones de la maternidad y el aumento del control por parte de las mujeres a la hora de decidir cuándo y cómo tener hijos, no parece entrar en contradicción directa con «la doble presencia»⁶ que las afecta a ellas, resultado de la muy arraigada ausencia de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva. La desigualdad entre géneros persiste, desde el momento en que el reparto de las responsabilidades reproductivas entre hombres y mujeres sigue siendo desigual (a pesar de los avances que protagonizan las generaciones más jóvenes) y desde el momento en que el Estado no asume la provisión de una suficiente oferta de servicios e infraestructuras de apoyo al cuidado de niños y personas dependientes (servicios sociales personales). Aquí subyace el origen de la discriminación laboral que afecta a las mujeres. Es el papel que se adjudica a las mujeres como principales cuidadoras del hogar y de la familia lo que permite explicar la menor presencia femenina en la esfera pública en general, y en los puestos de trabajo de mayor responsabilidad en particular.

Tal y como señala Gerardo Meil (2002), la postmodernización de la familia supone pasar del ideal de la familia tradicional (entendida como proyecto de convivencia con carácter público y de por vida y con una segregación radical de los roles y de los ámbitos de decisión en función del sexo) a un nuevo modelo menos rígido, que se distingue, sobre todo, por la pérdida de legitimidad del control social sobre la vida de los individuos y la creciente libertad de conformación individual de los proyectos de convivencia. Desde esta perspectiva, no se trataría tanto de la emergencia de un nuevo modelo igualitario, como de la privatización de las opciones acerca de cómo se construyen las biografías familiares. Cuatro son, según Meil (2002), las transformaciones básicas que caracterizan estos nuevos modelos familiares: la emergencia de los valores de la individualización y la autonomía personal, la caída de la natalidad, la incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo y el incremento de la ruptura matrimonial.

La crisis del patriarcado y la revolución que han protagonizado las mujeres hacia la igualdad, tanto en la esfera pública como en la privada, han provocado cambios importantes en la familia, sobre todo con respecto al rol que asume la mujer dentro de ésta. La autonomía económica de las mujeres está modificando las relaciones de poder de la familia tradicional, de manera que los modelos patriarcales son sustituidos, como mínimo a nivel de discurso, por la negociación interna y el igualitarismo entre los miembros de la pareja. En este contexto de emancipación femenina, se asiste a una clara

sexual del trabajo como eje estructurador de las relaciones familiares; rompe el equilibrio entre, por un lado, el papel tradicional de la mujer, como «madre intensiva» que cubre todas las necesidades reproductivas de la familia y, por el otro, el papel tradicional del padre, principal sostén económico y fuente de autoridad dentro del grupo doméstico.

⁶ La socióloga italiana Laura Balbo (1978) utiliza el término «doble presencia» para dar cuenta de la situación de duplicidad simultánea de funciones laborales y domésticas que afecta a las mujeres.

⁷ Luis Moreno (2002) utiliza el término «supermujeres» para referirse a ellas.

redefinición de la institución matrimonial. El sentido fundamental de la pareja ya no es la procreación, sino la relación afectiva entre dos adultos en situación de plena igualdad que, voluntariamente, se plantean un proyecto de vida en común. Pero este reforzamiento de las relaciones afectivas y de la libertad individual comporta, al mismo tiempo, una mayor inestabilidad de las parejas. El compromiso y el sacrificio ceden espacio a la mera búsqueda de la felicidad, del amor y de la realización personal. El matrimonio se convierte así en algo deseado y valorado que, justamente por ello, implica que las relaciones de pareja tiendan a ser más libres, menos sometidas a coerción y, precisamente por ello, más frágiles y eventuales. Las relaciones familiares cada vez se basan más en la negociación y la corresponsabilidad, lo que explica que el conflicto y la revocabilidad, en sentido positivo, siempre estén presentes (Beck, Beck-Gernsheim 1998; Beck-Gernsheim 2003).

Cuando se habla de cambios en los patrones de la maternidad, a menudo sólo se tiene en cuenta el retraso de la edad del primero hijo y la reducción del número final de los hijos que las familias finalmente tienen. Pero la maternidad no sólo se pospone, sino que su ejercicio cada vez entra más en disonancia con el patrón de la maternidad «intensiva», propia de la familia tradicional y que, como su nombre indica, concibe el papel de la madre a partir de una gran dedicación a los hijos en términos de tiempo; asumiendo que es ella quien mejor puede ocuparse del cuidado de los hijos (Hays 1998). Pero si bien el papel de la mujer en la sociedad ha cambiado, así como sus expectativas y aspiraciones, el mito de la maternidad «intensiva» sigue estando bien arraigado en el imaginario colectivo de las mujeres, pese a su inoperatividad en la práctica cotidiana en muchos casos. El dilema ante aspiraciones incompatibles genera una fuerte sentimiento de frustración, estrés, angustia y culpabilidad.

Los resultados de la investigación de Inés Alberdi et al. (2000) sobre las mujeres jóvenes con un nivel educativo elevado en España ponen de manifiesto esta paradoja. La maternidad deja de ser el único elemento central del proyecto vital y de las trayectorias biográficas de las mujeres y pasa a ser un complemento de su profesión, una profesión que en algunos casos se coloca en primera posición en su escala de valores. La maternidad es percibida como obstáculo para la promoción laboral o el éxito profesional; de manera que tener un hijo se asocia a la reducción de libertad, a la incompatibilidad con una vida profesional intensa y a la carencia de control sobre el proyecto propio de vida. El referente de estas jóvenes es la experiencia de las mujeres activas de los países mediterráneos entre 40 y 59 años⁷, que han tenido que conciliar, con grandes dificultades y sacrificios personales, el trabajo remunerado con «la tradicional» exigente vida familiar, en el contexto de un régimen de bienestar mediterráneo que fundamenta la provisión de bienestar fundamentalmente en la familia⁸ (Sarasa, Moreno 1995; Moreno 2001, 2002). Las nuevas generaciones de mujeres jóvenes no quieren seguir el mismo modelo de las «supermujeres», lo que constituye un factor más a tener en cuenta a la hora de explicar la baja natalidad en los países del sur de Europa. Si se pregunta a las mujeres jóvenes cuáles son sus planes de vida, la mayor parte sigue afirmando con firmeza que quiere tener hijos. Pero no son pocas las que, no renunciando al deseo de ser madres, posponen esta decisión al máximo con el fin de evitar los cambios negativos que esto puede

comportar en sus vidas. Es sólo cuando llegan a la edad límite (al tan recurrente «reloj biológico»), que a menudo surge un deseo muy fuerte que les plantea una gran urgencia; y es entonces cuando el proyecto de la maternidad se intenta llevar a la práctica.

Si de lo que se trata es de explicar las causas del retraso de la maternidad en la sociedad española, sin duda intervienen factores sociales y culturales, tales como la emergencia de nuevos estilos de vida; la mayor reticencia de los jóvenes a comprometerse en la formación de una familia; la voluntad de las mujeres con estudios de plantearse la maternidad tras haber cumplido una serie de hitos en el terreno profesional; o la exigencia de contar con una estabilidad económica, en el contexto de un aumento generalizado de los niveles de consumo. También intervienen factores de carácter más estructural, como por ejemplo las dificultades de acceso a la vivienda; la precariedad de la ocupación; la carencia de servicios para las familias que faciliten la conciliación entre vida familiar y laboral, o la escasa implantación en España y Catalunya de la ocupación a tiempo parcial. Pero esto no lo explica todo. Es menester añadir otro factor que se acostumbra a minusvalorar en este tipo de análisis: la vigencia del mito de la maternidad «intensiva»; causante de generar un fuerte desajuste entre las prácticas y la simbología, entre deseos y realidad. Este desajuste es vivido de forma traumática por las madres y por las futuras madres que, temerosas que su «estilo de vida» no les permita lograr los niveles de exigencia que socialmente se espera de una madre, se inhiben y posponen todavía más la maternidad.

La vigencia del imaginario de la maternidad/paternidad «responsable» o «profesionalizada», impregnado de constantes adelantos desde la psicología, la psiquiatría y la pedagogía, comporta que las mujeres quieran vivir su condición de madres con plena conciencia y dedicación. Los resultados de un estudio sobre las actitudes de las madres ocupadas con hijos menores de 18 años, financiado por el IMU, evidencian claramente la contradicción entre los deseos de tener una profesión y la percepción de lo que se considera una «buena» madre (Tobío, Arteta, Fernández-Cordón 1998). Si bien estas madres trabajadoras opinan de forma bastante generalizada que la situación ideal de las mujeres es poder trabajar fuera de casa; cuando se les pregunta sobre la situación idónea para los hijos, casi la mitad de las entrevistadas considera que es preferible que la madre no trabaje y sólo un 9,5% considera que es mejor para los hijos que la madre trabaje a tiempo completo (Tobío 2000). Sin lugar a dudas, el mito de la maternidad «intensiva» supone, para estas mujeres, un obstáculo más a tener en cuenta ante la decisión de tener un hijo.

3. SIGNIFICADOS DE LA MATERNIDAD. DE LA MATERNIDAD «INTENSIVA» HACIA LAS NUEVAS EXPRESIONES DE LA MATERNIDAD

⁸ Por régimen de bienestar entendemos el entramado institucional en el que se combinan recursos legales, materiales y organizativos de los productores principales de bienestar: estado, mercado y familia.

⁹ Algunas feministas han visto en el rol de la mujer en la reproducción biológica el origen de la división sexual del trabajo, que supuso relegar la mujer al ámbito doméstico.

Lejos de pretender reducir la maternidad a su ineludible dimensión biológica, en este estudio se concibe como relación cultural e históricamente variable, en la que un individuo, del sexo que sea, proporciona cuidado afectivo y material a su hijo. Efectivamente, la maternidad, debe ser estudiada como relación cultural e históricamente variable, que tiene lugar en contextos sociales específicos, que varían en función de los recursos y las constricciones culturales y materiales, así como de la construcción activa que hombres y mujeres hagan de ella (Nakano Glenn 1994: 3). Dicha agencia es clave para entender la maternidad como constructo social y no como algo meramente biológico

Pero no podemos negar que la noción de maternidad está íntimamente vinculada a la noción de género; entendiéndolo por género el resultado de las relaciones y prácticas socialmente construidas, organizadas alrededor de las diferencias visibles entre los sexos. El concepto de maternidad y el de género están estrechamente conectados, en el sentido que cada concepto constituye un elemento del otro. El hecho que la maternidad sea el resultado de la división sexual de la función reproductiva, que biológicamente corresponde a la mujer, ha favorecido que la maternidad, en mayor medida que ningún otro componente del género, haya sido objeto de una interpretación fuertemente esencialista y se haya construido como algo universal, natural e inmutable, patrimonio exclusivo de las mujeres. En definitiva, cuando hablamos de maternidad, nos encontramos ante una compleja ideología funcional para los grupos dominantes, orientada a mantener la dominación masculina (patriarcado) y el sistema económico de explotación (capitalista). Esta ideología permite asegurar que la mujer proporcione el cuidado de la futura fuerza de trabajo a un coste mínimo, a la vez que posibilita contar con una reserva permanente de «fuerza de trabajo».

Oakley (1984) describe el mito contemporáneo de la maternidad alrededor de tres creencias, que considera falsas: (1) que todas las mujeres quieren ser madres; (2) que todas las madres necesitan a sus hijos y (3) que todos los hijos necesitan a sus madres. Según la autora, estos falsos supuestos han ejercido un papel legitimador de la opresión de las mujeres dentro de las relaciones de género, a base de anularlas como individuos autónomos, con intereses proyectados fuera de la familia.

Sin duda, el modelo patriarcal imperante se ha servido de la capacidad biológica para procrear que tienen las mujeres, para fundamentar la unidimensionalidad del ser femenino y la permanente identificación entre feminidad y maternidad (Cid López 2002). Es así como la función reproductora se ha convertido en la principal y exclusiva tarea de las mujeres en la sociedad y sólo en los tiempos más recientes se ha llegado a cuestionar este rol. Tal y como pone de manifiesto Rosa María Cid López (2002: 11), «no ha resultado fácil, ni todavía lo resulta, la erradicación de la creencia del instinto maternal, que se ha considerado un comportamiento arraigado en la naturaleza de la mujer y también ha tardado en ser cuestionado el propio hecho de la maternidad como construcción cultural y elaborada por los hombres». Tal y como sostiene Henrietta L. Moore (1999: 39), «el concepto de “madre” no se manifiesta únicamente en procesos naturales (embarazo, parto, lactancia, crianza), sino que es una construcción cultural erigida por muchas sociedades utilizando métodos distintos».

Es una creencia muy extendida que las mujeres son madres no sólo por el hecho biológico de parir, sino porque son más capaces de entender, escuchar y conocer sus necesidades (Alberdi et. al. 2000). Pero la asociación entre «mujer» y «madre» no es ni mucho menos tan «natural» como pueda parecer a simple vista. La tan reiterada reducción de la maternidad a la condición biológica universal femenina supone una peligrosa «trampa», ya que ha generado «mitos» encorsetadores sobre cuál es el rol de la mujer: una mujer relegada a la esfera reproductiva y a las tareas de cuidado. Estos estereotipos benefician sin duda a los intereses masculinos (relaciones patriarcales) y a los requerimientos de una sociedad capitalista que precisa trabajadores a bajo precio y futuros ciudadanos obedientes y adaptados al sistema (Hays 1996; Walby 1992). El capitalismo, a base de concentrar la producción fuera del hogar, altera de forma sustancial el estatus de la mujer. Los requerimientos del capital exigen contar con la fuerza de trabajo de los trabajadores; por lo que el rol de las mujeres pasa a ser no sólo producir, sino sobre todo reproducir. La madre que trabaja fuera de casa constituye un problema social de primera importancia. De ese modo, tal y como sostiene Oakley (1984:67), «la institución de la maternidad es el mecanismo a través del cual las mujeres se convierten en madres en las sociedades industrializadas hoy en día (...)».

No es lo mismo la maternidad como hecho biológico (embarazo y parto), que las dimensiones sociales, económicas, políticas e, incluso, religiosas, de la maternidad, entendida también como crianza de los hijos (Cid López 2002: 14). La maternidad tiene lugar en contextos sociales, económicos y étnicos distintos y, en consecuencia, está sujeta a prácticas y manifestaciones diversas. Desde una dimensión social no podemos hablar de un único patrón de maternidad, sino que es preciso hablar de distintas maternidades (Soto 2000). Partir de modelos «ideales» o «normales» puede provocar efectos perniciosos en la salud física y mental de las mujeres que no pueden o no quieren ajustarse a estos patrones. Estos imaginarios refuerzan la inseguridad y el sentimiento de culpa de muchas madres jóvenes, sobre todo las que tienen una vida diaria más complicada y difícil de gestionar. Debe asumirse que la función de la maternidad puede ser (y, de hecho, es) realizada culturalmente de formas muy diversas.

Cuando se habla de la maternidad como experiencia universal, se está aludiendo, obviamente, al instinto maternal. A base de negar las características socio-demográficas, históricas y culturales como elementos que puedan influir en la experiencia maternal, ésta se sitúa claramente en el terreno de la biología. La maternidad «intensiva» ignora las circunstancias, las relaciones de poder patriarcales y los intereses que han convertido a las mujeres en las principales responsables de la maternidad, en nombre de unas determinadas «habilidades» que se consideran inherentes a la condición biológica de «mujer» y que, en consecuencia, nadie más puede asumir (Hays 1996).

La imagen de una madre aislada en el hogar, que organiza su vida cotidiana alrededor del cuidado de los niños, no sólo no puede generalizarse a todas las culturas, sino que la unidad madre-hijo tampoco puede hacerse extensiva a todos los periodos de la historia de Occidente (Moore 1999). Por consiguiente, la maternidad es una construcción social. Durante los inicios de la industrialización, por ejemplo, existía una elevada proporción de mujeres y niños trabajadores y asalariados. Tampoco podemos olvidar, en el otro lado

del espectro social, a las mujeres pertenecientes a los estratos con mayor poder adquisitivo que, a lo largo de la historia, han seguido la pauta cultural de no ocuparse directamente de la crianza de sus hijos y de confiarlos a sus nodrizas (Tubert 1991). En este sentido, sin lugar a dudas, la presencia de las *nannies* ha alterado de forma sustancial la relación entre las categorías culturales «mujer» y «madre».

La función materna adquiere nuevas formas y contenidos a lo largo de los siglos XIX y XX, a medida que se van consolidando los procesos de industrialización, urbanización y el liberalismo político y económico (Brullet 2004). La privatización y psicologización de la función materna se va afianzando en paralelo al proceso de exclusión de las mujeres del mercado de trabajo. Sin embargo, es sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, aproximadamente, que se asiste a un fenómeno sin precedentes: la exaltación del amor maternal como valor natural y social; de modo que se propugna que sean las madres las que se ocupen de los hijos personalmente, no sólo durante la lactancia, y les dediquen todo su tiempo. Es en este momento que se multiplican las publicaciones sobre el nuevo papel de la buena «madre», a través de consejos sobre cómo las mujeres —madres actuales o futuras— tienen que desarrollar de la mejor manera este papel. Este ideal burgués de la figura del «ama de casa» se constituye como hegemónico en el mundo occidental y se expande también a la élite de la clase trabajadora; de manera que las hijas de las madres obreras empiezan a optar por quedarse en el hogar una vez casadas, a fin de cumplir con los preceptos de este modelo de maternidad (Brullet 2004).

A lo largo de la historia, a medida que las mujeres han ido adquiriendo conciencia de su papel en la sociedad patriarcal, la cuestión de la maternidad ha visto aumentar su importancia dentro del imaginario colectivo. La maternidad ha sido objeto de análisis desde una perspectiva de género por parte de los movimientos feministas, sobre todo a partir de los años 60 y 70. Autoras como Simone de Beauvoir (1949), primero, y como Adrienne Rich (1976) y Nancy Chodorow (1978), más adelante, empiezan a plantearse la función de la maternidad y el papel de las mujeres en calidad de madres. Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo*, obra de la posguerra emblemática del feminismo contemporáneo, considera que la maternidad anula a la mujer como persona y dificulta la consecución de la igualdad. Otras teóricas coinciden en el rechazo hacia la maternidad y proponen que la tarea reproductiva se lleve a cabo a través de técnicas que no precisen la intervención de la mujer, como Sulamith Firestone⁹; o bien que sea el Estado quien asuma la crianza y la educación de los hijos, tal y como propugna J. Mitchell. En definitiva, para las feministas más radicales, la maternidad es el principal obstáculo hacia la emancipación de la mujer y la equiparación entre sexos, basando su argumentación a partir de la equivalencia entre «maternidad», «dependencia» y «opresión» (Moreno 2000). En cualquier caso, estos planteamientos no persiguen tanto un rechazo directo al hecho que las mujeres sean madres; sino que abogan por la posibilidad sin precedentes de expresar abiertamente los aspectos negativos de la maternidad, sin que esto se asocie al «fracaso» de la mujer (Rowbotham 1981).

A partir de los años 70 y 80, con la aparición del feminismo de la diferencia, aparecen otras corrientes que reivindican la función maternal, entendida como fuente de identidad, de placer y de conocimiento (Rich 1976). Desde esta perspectiva, no es tanto la

maternidad el problema, sino que la fuente principal de opresión y desigualdad es la responsabilidad exclusiva de las mujeres en relación al cuidado de los hijos y la esfera doméstica. En otras palabras, el discurso feminista separa la dimensión biológica de la maternidad de la social e intenta combatir la construcción social de la maternidad que se ha llevado a cabo desde el patriarcado.

Siguiendo las tesis de Amparo Moreno (2000: 1), si bien es cierto que no podemos afirmar que el debate sobre la maternidad sea algo novedoso; sí se encuentra de plena actualidad hoy en día, a tenor de la transformación del papel de la mujer en nuestra sociedad y la emergencia de valores como la individualización y la autonomía personal en las trayectorias vitales de los individuos. Asistimos a nuevas manifestaciones de la maternidad, cosa que genera nuevas perspectivas y cuestiones a resolver. La tan arraigada actitud de aspirar a comportarse como el modelo ideal de la «buena» madre y querer controlarlo todo ante la maternidad es el inicio de lo que Sharon Hays (1998) denomina ideología de la maternidad «intensiva»; según la cual el proceso de crianza y educación de los hijos requiere mucho esfuerzo, dedicación y trabajo cotidiano, con el fin de atender a «los hijos con afecto, escucharlos, intentar descifrar sus necesidades y deseos, luchar por dar respuesta a sus necesidades y por anteponer el bienestar del niño a la propia conveniencia» (Hays 1998: 177).

Existen una serie de estereotipos sobre «la buena» y la «mala» madre, generadores de conflictos psicológicos, profundamente arraigados. Estos estereotipos se sustentan, obviamente, en el mito de la maternidad como necesidad universal de las mujeres, caracterizada por la absoluta abnegación, renuncia y dependencia hacia los hijos (Fernández-Montraveta 2000). La buena «madre», según Swigart (1991), es una mujer que sólo quiere lo mejor para sus hijos, que sabe intuir sus necesidades sin el menor esfuerzo; en definitiva, una mujer inmune al aburrimiento, que vive la crianza de sus hijos como una fuente de placer que no requiere sacrificio. La maternidad no se concibe como deber; sino que madre e hijo disfrutan el uno del otro de manera casi instintiva (Brannen, Moss 1991). Como contrapartida, la mala «madre» es una mujer que se aburre estando con los hijos, narcisista, sin empatía, centrada en sus propios intereses, lo que la convierte en un ser insensible a las necesidades de sus hijos; unos hijos que acaban padeciendo trastornos psicológicos de los cuales la madre no es consciente (Swigart 1991). Este tipo de enfoques dejan completamente de lado la responsabilidad de los padres en la atención de los hijos y el contexto institucional. En definitiva, en base a este imaginario de la maternidad «intensiva», tener hijos/as sin renunciar necesariamente a otras aspiraciones o relaciones se aproxima al rol de la «mala» madre.

La maternidad ha sido sinónimo en nuestra cultura de realización personal, competencia, serenidad, equilibrio y estabilidad de pareja. Esta visión romántica, sin embargo, contrasta con otros enfoques que subrayan que este proceso puede considerarse también desencadenante de cambios, tensiones y redefiniciones de la propia vida y de

¹⁰ Según datos de una reciente encuesta, un 65% de las bajas de las mujeres que ocupan cargos directivos son por estrés (Chinchilla, León 2004: 88).

las relaciones personales significativas; vividos muchas veces de forma problemática y traumática, tal y como bien recogen los manuales de psiquiatría (Hidalgo 1988). La vida cotidiana, la vida profesional, la vida afectiva de la mujer se ve afectada de forma radical. Las mujeres describen una variedad de sentimientos ante la vivencia de la maternidad, como por ejemplo la angustia, la pérdida de libertad y el sentimiento de culpa; atrapadas por las prescripciones ideológicas que postulan que sólo el cuidado «de las madres» es suficientemente «bueno» (Brannen y Moss 1991). También la satisfacción de la vida en pareja puede verse negativamente afectada, ante la menor disposición de tiempo para compartir actividades, la disminución de la frecuencia de las relaciones sexuales, o la acentuación, en muchos casos, de los papeles de género tradicionales. En definitiva, una serie de rasgos negativos asociados a la maternidad, como por ejemplo la «atadura» que comportan los hijos, el hecho de no disponer de tiempo para uno mismo, o las repercusiones en la trayectoria profesional, están contribuyendo a retrasar la decisión de tener hijos.

Sin embargo, tal y como sostiene Blanco (2002: 131), pese a que pueda parecer que la ideología de la maternidad intensiva resulta caduca y desfasada en nuestros días, nada más lejos de la realidad. Justamente es en la actualidad cuando más se acentúa, en la medida que la imagen de la maternidad de hace unas décadas no era tan exigente como lo es hoy. Los estudios de Julia Brannen y Peter Moss (1991) durante la década de los ochenta, demuestran que seguía plenamente vigente la creencia de que la crianza de los hijos es una responsabilidad privada que, en un contexto óptimo, se tendría que llevar a cabo dentro del hogar, a cargo de la madre, sin contar con apoyo social externo. Del mismo modo, si bien aumenta en todas las sociedades occidentales la aceptación social de que la mujer con hijos menores de 3 años trabaje fuera de casa, se suele justificar más en términos de necesidad económica que no de elección personal.

Un interesante estudio de Mari-Klose y Nos Colom (1999) constata que el 50% de las mujeres están de acuerdo con la afirmación «en el único lugar dónde se puede ser feliz es en casa con los hijos». Si bien el porcentaje aumenta con la edad; no es menos cierto que entre las mujeres jóvenes la visión tradicional de la mujer aflora en el momento en que tienen hijos. Tal y como concluyen las autoras, a diferencia de los hombres, con una identidad cultural fundamentada principalmente a partir de su ocupación y su presencia en el espacio público; a las mujeres no se les atribuye en la misma medida la cultura del trabajo remunerado y permanece la creencia de que una mujer no es «una verdadera mujer» si no tiene hijos. Pero, al mismo tiempo, la mujer que opta por (o puede permitirse) seguir los prospectos de la maternidad «intensiva» tradicional también recibe una valoración negativa (la «maruja», en términos coloquiales), puesto que la sociedad no reconoce el trabajo de la madre como valioso (Blanco 2002: 138). Se trata, sin duda, de una trampa ideológica, un «doble mensaje» que hace que las mujeres se sientan cada vez más inseguras en cualquier fase de su vida (Beck-Gernsheim 2003).

Ciertamente, la imagen que tiene la mujer de sí misma ha cambiado; ya no se ve sólo como madre y mujer «perfecta» y ello retrasa la llegada del primero hijo y la reducción del número de hijos que finalmente se tienen (Soto 2000: 91). Ahora bien, este cambio de la imagen de la mujer no ha ido acompañado de una transformación de

la autoimagen de la madre; en cuanto que el ideal de madre que se ocupa directamente del cuidado de los hijos se mantiene. Es decir, los cambios estructurales que han permitido a la mujer incorporarse a la esfera pública no se corresponden con cambios simbólicos alrededor de la maternidad «ideal», puesto que sigue vigente la inercia del modelo tradicional de la maternidad «intensiva». Este hecho permite explicar la inhibición en el número de hijos y la discordancia entre deseos y realidad.

La madre o la futura madre se siente presionada, puesto que por un lado sabe que tiene que ser «una buena madre» y debe dedicarse al cuidado de su hijo y, por la otra, siente la imperiosa necesidad de disfrutar de una vida personal propia y de una carrera profesional exitosa (Vázquez 2000). En definitiva, la madre que trabaja fuera del hogar se ve enfrentada al estereotipo de mala «madre» desde el momento que no puede atender directamente todas las necesidades de sus hijos. Una de las principales preocupaciones de la madre trabajadora es «el tiempo», en el sentido que considera que no puede ofrecer a su hijo el tiempo necesario. Es aquí cuando surge el concepto «tiempo de calidad», para definir el tiempo que las madres dedican a sus hijos fuera de su horario laboral; un tiempo más breve desde una dimensión temporal, pero más intenso en términos de dedicación (Brannen y Moss 1991).

La conclusión de Blanco (2002) es que si bien las mujeres quieren tener más hijos de los que tienen, cada vez renuncian más a este deseo, dado que los rígidos modelos de madre, en el plan simbólico, no son operativos. Tal y como bien describe Sharon Hays (1996), la mujer debe enfrentarse a un dilema que parece indisoluble, a unas exigencias profundamente contradictorias: si no se dedica lo suficiente a su profesión, se verá etiquetada socialmente como «madre» y su progreso profesional se resentirá. Por el contrario, si opta por quedarse en casa con los hijos será tildada de improductiva e «inútil». Este conflicto personal es impensable en un hombre, cuya concepción de la «paternidad» no se ve impregnada por las imágenes ideales y absorbentes de la maternidad «intensiva», por cuanto sigue atribuyéndosele la función de sustentador económico del hogar (*breadwinner*). En definitiva, tal y como bien concluyen I. Alberdi et. al. (2000: 201), «la maternidad se valora mucho y puesto que se han sobrevalorado los significados, provoca toda una serie de temores». Según Moreno (2000: 4), muchos de los conflictos y desasosiegos a los que se enfrentan las madres podrían reducirse si no estuvieran abocadas a la exigencia de vivir la maternidad desde una expectativa idealizada, desde el mito de una experiencia de maternidad universal y completamente feliz.

En síntesis, la mujer tiene que ser libre a la hora de optar en relación con la maternidad. En palabras de Blanco (2000: 8-9), «(...) la maternidad es una experiencia compleja con aspectos positivos y negativos, la madre es sujeto de su experiencia, la madre influye en sus hijos tanto como el resto de agentes sociales, la actuación de las madres no está prefijada y no puede analizarse fuera de la historia y el contexto socio-cultural; el padre y las instituciones sociales son también responsables de sus hijos». En cualquier caso, debe tenerse muy presente que las asunciones actuales sobre «la maternidad intensiva» están arraigadas en las experiencias de generaciones de mujeres que no han disfrutado nunca de la posibilidad de escoger cómo querían vivir su

maternidad y, en consecuencia, se han construido desde la ideología dominante patriarcal (Rowbotham 1981). En definitiva, lo fundamental es evitar una visión determinista y esencialista de la maternidad, dado que la rigidez de estos patrones ayuda a mantener el status quo de las «madres normales», que acostumbran a ser blancas, casadas, de clase media y, o bien sin ocupación o bien con una ocupación que no es central en sus vidas y que no obstaculiza su papel de buena «madre»; al tiempo que las «otras» madres y las nuevas manifestaciones de la maternidad se consideran «desviadas» y socialmente estigmatizadas y penalizadas (Woollet, Phoenix 1991).

4. LA VIVENCIA DE LA MATERNIDAD DE LAS MADRES CON TRAYECTORIAS LABORALES «EXITOSAS»

El colectivo de madres con trayectorias laborales de las que hemos denominado «exitosas» no trabajan fuera de casa por imperativos económicos o, simplemente, para disfrutar de autonomía económica; buscan, además, el éxito profesional y son conscientes del sacrificio y dedicación que ello supone. Su profesión les resulta gratificante y la han escogido conscientes de sus requerimientos y atraídas por el estilo de vida que va asociado a ellas (viajes frecuentes, reciclaje continuo, un elevado estatus social, ausencia de rutina...). En consecuencia, el dilema que afecta al resto de las mujeres trabajadoras se agudiza para este colectivo. La cuadratura de la variable «tiempo» va más allá de la ecuación que es común a muchas mujeres trabajadoras: reducir tiempo presencial al trabajo (o incluso dejar de trabajar fuera de casa durante un tiempo) sin perder poder adquisitivo, a cambio de poder dedicar más tiempo a los hijos. En realidad, las mujeres pertenecientes al colectivo que hemos estudiado no querrían tener que renunciar a nada. Su profesión se convierte en una de las principales fuentes de satisfacción, además de la familia.

Cuando se trata de mujeres que desempeñan trabajos creativos (escritoras, artistas) o que siguen carreras académicas o en el campo de la investigación, menos sujetas a rígidos horarios laborales, el tiempo que dedican a su profesión les aporta una serie de satisfacciones que, muchas veces, trascienden la propia carrera profesional o los baremos del éxito en el trabajo remunerado definido en términos masculinos (ingresos, estatus). El tiempo de dedicación al trabajo, el tiempo de ocio y el tiempo para uno mismo, en algunos casos, incluso se solapan y son difícilmente separables. La realización profesional de la mujer en este tipo de ocupaciones se ve claramente obstaculizada con la llegada de los hijos.

«Yo hago mucha trabajo en casa, porque parte de mi trabajo se tiene que hacer en casa, ¿no?, mucho trabajo de estudio y esto es una trampa. Porque claro está, como tú estás en casa, coincide que eres la mujer y que eres la madre, quiero decir, demasiadas coincidencias, ¿no? Tienes que tener como si fuera un ordenador, muchos chips diferentes, ¿no?, y aquí tengo los huevos y más adelante el “estatuto de los trabajadores” y aquí tengo una reunión con la psicóloga del colegio de mi hija de 6 años, que no sé, son tres temas totalmente diferentes, seguro que mi marido tiene sólo un chip»

«La maternidad que yo ejerzo es una maternidad loca, porque es horroroso compaginar el ser madre con un trabajo en el que, por ejemplo, no tienes un horario fijo, donde, por ejemplo, tienes una presentación de datos o una rueda de prensa o una reunión depende del día, no sabes a qué hora. Es decir, tengo un trabajo que tiene ventajas, porque si un día el niño está enfermo yo me quedo en casa a veces y me puedo llevar el trabajo a casa; pero no hay nada peor que llevarse el trabajo a casa. Tenemos un tipo de profesión, al menos la mía, que no se acaba nunca».

De todos es sabido que en las empresas privadas existen barreras para las mujeres previas a la contratación, así como barreras internas para la promoción. En este sentido, una mujer joven, preparada y con experiencia tendrá dificultades para ser contratada en un lugar de responsabilidad o de promocionarse si el empresario intuye que tiene intención de formar una familia. Es lo que se conoce como «techo de cristal», tan presente en las culturas empresariales y que impide el acceso de las mujeres a los lugares jerárquicos más elevados. Para el caso de la administración pública y el mundo de la universidad, aun cuando la representación de la mujer es más importante y más equitativa que en la empresa privada (ya que las vías de acceso son más «democráticas» y «meritocráticas»), la presencia de las mujeres es, una vez más, claramente inferior. La carrera académica, por ejemplo, que acostumbra a iniciarse a partir de los 30 años, coincidiendo con la etapa del ciclo vital en la que las mujeres se plantean la maternidad, cuenta con una menor presencia de mujeres (Izquierdo et al. 2004). Ello es así por cuanto su vida familiar les impide cumplir con los absorbentes requerimientos de dedicación profesional y de competitividad. La mujer que no esté dispuesta a renunciar a la vida familiar competirá en inferioridad de condiciones, cosa que no ocurre en el caso de los hombres.

Las madres profesionales entrevistadas han conseguido superar buena parte de estos obstáculos y ejemplifican trayectorias laborales «exitosas». Sin embargo, ¿cuál ha sido el precio y la incidencia que ello ha tenido en su condición de madres? Lo que más reivindican estas madres, por delante de medidas de flexibilidad y servicios, es la corresponsabilidad masculina en las tareas del hogar. Según ellas, la no implicación de los hombres (sus maridos y compañeros) en las tareas domésticas y familiares es lo que más dificulta la conciliación. Latente o explícito, siempre existe un conflicto de roles ante el reparto de tareas y de responsabilidades en el hogar, de difícil resolución. En la medida en que siguen siendo ellas quienes cargan con la mayor parte de los trabajos del hogar y también su planificación y organización, se resiente tanto la profesión como la vivencia de la maternidad; en definitiva, su calidad de vida. El papel del marido, en cambio, claramente subsidiario en el hogar, es perfectamente compatible con el éxito profesional y con una vivencia de la paternidad más esporádica, no tanto rutinaria, pero a la vez más gratificante.

«Participan mucho, pero tú tienes que tenerlo todo pensado, ¿no? Puede ocurrir que él prepare la cena un día, pero quien sabe si hay huevos, si hay no sé qué, ésta soy yo».

«Lo acabas haciendo porque, de hecho, lo que menos trabajo te da es hacerlo, entre comillas. A ver, es una cuestión de tenerlo en la cabeza, ¿no? (...) El problema no es hacerlo o no hacerlo, sino que la que lo tiene controlado eres tú».

Por eso es por lo que estas mujeres «desmitifican» el concepto de «tiempo de calidad», en cuanto que el agotamiento físico y mental que les supone la «doble presencia» no les permite ofrecer la calidad que desearían en la atención a sus hijos durante los ratos que comparten con ellos. Además, la falta de tiempo implica que el ejercicio «relajado» de la maternidad se circunscriba a los fines de semana; por lo que la relación materno-filial se reduce a compartir momentos de ocio y diversiones con los hijos y no tanto dificultades o actividades cotidianas. Esta situación les genera estrés y angustia, así como un fuerte sentimiento de culpa, de no estar a la altura de las circunstancias. La sensación de no realizar suficientemente bien su papel de madres aflora en sus discursos y lo atribuyen a la falta de tiempo y a la injusta distribución de la responsabilidad en relación al trabajo doméstico y familiar dentro de la pareja.

«Esta frase que se dice mucho, “con mis hijos poco tiempo, pero de calidad” esto es una mentira, porque cuando tienes poco tiempo, calidad no tienes ninguna, porque yo a las 8 de la tarde muerdo, aunque sean mis hijos, es inhumano decirlo pero no los aguanto, porque no puedo con mi alma y porque a las 8 de la tarde todavía falta el pan, todavía los calcetines del fútbol del día siguiente están sucios y todo esto resulta que lo tengo que solucionar yo. Entonces esto no es calidad, porque, claro, escúchame, soy humana, ¿no? De vez en cuando me coge la llorera porque no puedo más».

En definitiva, si bien las mujeres han conseguido la igualdad en relación a los hombres en lo que se refiere a su incorporación en la vida pública; este cambio no se ha visto acompañado de la penetración del hombre en el ámbito del hogar. Dicha situación reporta a las mujeres graves consecuencias en la gestión de su vida cotidiana, en cuanto han visto aumentar de forma espectacular la carga total de trabajo. El exceso de trabajo no sólo empeora su vivencia de la maternidad, sino que también hipoteca su vida profesional. Tener que optar por priorizar una u otra dimensión resulta algo necesario para estas mujeres, a diferencia de lo que pasa en el caso de los hombres, que no se ven en la tesitura de tener que escoger. El modelo de la «superwoman» implica un estrés y un nivel de presión que las mujeres entrevistadas consideran «insoportable»¹⁰.

«Los hombres no se han movido. Y en consonancia, las instituciones y la imagen social no se ha movido tampoco. Y se sigue pensando que hay una familia maravillosa e idílica, porque había una persona que se ocupaba las 24 horas. Ahora que esta persona ha desaparecido no ha cambiado nada. Pero esta persona ya no tiene las 24 horas. Sigue siendo la misma trampa (...) porque nada ha cambiado y siguen haciendo las dos cosas».

«Yo siempre digo que queríamos ser iguales y que hemos conseguido ser más, quiero decir que no hemos conseguido ser iguales que los hombres, hemos conseguido sumar

nuestro papel al de los hombres y ahora tenemos dos papeles en nuestra vida. No ha pasado como si fuéramos vasos comunicantes, como máximo los más concienciados [refiriéndose a los hombres en general] se muestran dispuestos a ayudar».

Pese a cuestionar abiertamente el concepto «tiempo de calidad», no se autodefinen como «peores» madres que las madres tradicionales que sólo se dedican a las tareas del hogar, sino todo lo contrario. Se sienten orgullosas de su situación y plenamente convencidas de que las condiciones bajo las que ejercen su maternidad son más duras. Son conscientes de que, en su caso, por el hecho de contar con una vida profesional satisfactoria, representan modelos muy positivos para sus hijos; en cuanto que estimulan la sociabilidad, así como una buena actitud hacia la igualdad de la mujer en el caso de los niños de sexo masculino y una mayor autoestima e independencia en el caso de las niñas (Vázquez 2000).

Sin embargo, esta autocomplacencia no evita que, en ocasiones, su discurso se vuelva ambivalente y las participantes manifiesten dudas sobre si están realizando suficientemente bien su papel de madres por el hecho de tener una profesión sumamente absorbente; se preguntan si el no poder dispensar una gran dedicación a sus hijos puede llegar a repercutirles de forma negativa. Curiosamente, este dilema no aparece cuando se refieren a la figura del padre que, al igual que ellas, también trabaja fuera de casa y en profesiones que no le permite dedicarse de manera intensiva a sus hijos. Las exigencias y presiones de la maternidad «intensiva» con la que han sido socializadas estas madres afloran en su discurso. El intento de reconciliar la ideología con las prácticas cotidianas aquí tambalea de forma clara.

«Porque en el fondo todavía somos las que nos consideramos responsables, esto hace que muchas veces aparezcan dudas...».

«Porque nosotros tenemos el modelo de nuestras madres, al menos mi madre era una madre que estaba en casa, que podía estar en casa y, claro está, entonces esto te hace tambalear mucho».

«Yo todavía palpo en el ambiente una cierta culpabilización por el hecho de no estar en casa, de no dedicarte a los hijos, ¿no? En general, en la sociedad todavía de vez en cuando, si hay problemas, sobre todo cuando son adolescentes, entonces empieza la culpa y, claro, la educación de los hijos estás todo el día replanteándotela, si lo haces bien o no, todavía encuentro un cierto mensaje subliminal».

En cambio, en relación al cuidado de los hijos, parece evidente que el papel del padre ha experimentado una transformación sin precedentes y que asistimos a la génesis de un nuevo concepto de paternidad que tiene poco que ver con el modelo tradicional y que se fundamenta en la progresiva perfecta intercambiabilidad de roles entre el «padre» y la

¹¹ En España, según L. Moreno (2002: 53), tres de cada cuatro madres trabajadoras cuentan con un familiar «disponible» residiendo en la misma localidad; en más de la mitad de los casos se trata de su propia madre.

madre» en relación a los hijos. En este sentido, los hombres empiezan a darse cuenta de que la socialización diferencial de género les ha privado durante generaciones de poder disfrutar del cuidado de los demás desde la proximidad y el afecto. Se han visto relegados a un rol distante y autoritario. Los hombres, sobre todo los representantes de las generaciones más jóvenes y con mayor nivel educativo, están dispuestos a desprenderse del lastre de tener que erigirse como principales «proveedores económicos» y renunciar a disfrutar de una paternidad más vinculada a las necesidades reproductivas inmediatas de los hijos.

«Yo creo que puede que la figura del padre ha mejorado muchísimo, los padres son más próximos, padres más madres. La idea más tradicional que la madre es la más próxima, la más de tocar, está desapareciendo. La generación de mis padres era muy diferente. Mi padre dice algo y todavía se piensa que todos tenemos que decir amén, ¿no? Esto ha cambiado mucho, yo creo que la familia en este sentido se ha democratizado mucho».

Es cierto que el rol de los «nuevos» padres ha cambiado de forma sustancial en relación al modelo de padre tradicional, ausente y autoritario. Los jóvenes padres se aproximan cada vez más al rol afectivo de la madre en todo aquello que hace referencia a la paternidad. Pero parece ser que los «nuevos» padres han asumido sólo la parte más «dulce», e incluso «lúdica», del trabajo reproductivo: el cuidado de los hijos. En especial, todo aquello que implica compartir con ellos el máximo tiempo posible siempre y cuando no estén en el trabajo (traerlos y recogerlos a la escuela, compartir ratos de juego...). Pero el trabajo doméstico y familiar tiene muchas otras dimensiones, intensivas en tiempos e ineludibles, sin las cuales la reproducción social de los hijos no es posible: desde la infraestructura del hogar (cocinar, lavar, limpiar), hasta toda la tarea de planificación y gestión diaria.

Ciertamente, además de la corresponsabilidad dentro de la pareja en relación al trabajo reproductivo, lo que más reclaman estas madres es la introducción de medidas flexibilizadoras dentro del mercado de trabajo que faciliten la conciliación. Pero por encima de todo, exigen servicios a los que transferir el cuidado de los hijos cuando así lo necesitan, ya sean procedentes de la administración o de las propias empresas. Como consecuencia de las circunstancias extremadamente competitivas del mundo laboral y de la gratificación personal que obtienen desde la vertiente profesional, estas mujeres no son demasiado partidarias de una reducción de jornada. Consideran que las medidas de flexibilidad son perjudiciales porque acaben dirigiéndose a mujeres y, en consecuencia, devalúan aún más su posición en el mercado laboral (Chinchilla, León 2004: 87).

Las mujeres con carreras profesionales «exitosas» se ven forzadas a compartir (a veces, incluso a sustituir) la crianza de sus hijos con otras personas externas a su pareja. Lo que es más frecuente es el recurso a otras mujeres: las abuelas-madres (también denominadas «madres sustitutas») en los casos en que están disponibles y residen cerca¹¹; la externalización del cuidado a través de la contratación de otra mujer (cada vez más de origen inmigrante). Se trata, en definitiva, de una vivencia de la maternidad de tipo

«semipresencial» o «compartida». Las madres entrevistadas han tenido que recurrir a terceras personas para que se hagan cargo de sus hijos. En este sentido, todas ellas han aplicado fórmulas mixtas que combinan la externalización, contratar una «niñera» o «canguro» durante unas horas al día, y el recurso a otros miembros de la familia, generalmente a los padres de la madre. Externalizar parte del trabajo reproductivo y recurrir a las redes familiares les ayuda a mitigar tanta tensión. La importancia de los abuelos y de las trabajadoras domésticas como infraestructura de estabilidad es tal que, ante cambios en los horarios laborales, estas madres a menudo lo consultan antes a la abuela o canguro que a su propia pareja.

Nos encontramos ante una vivencia de la maternidad definida por sus protagonistas como estresante e impregnada de dudas e insatisfacciones. Son mujeres, por un lado, marcadas por el imaginario de la maternidad «intensiva»; un imaginario que su condición de profesionales no les permite ejercer bajo las condiciones que desearían, por lo que no pueden evitar sentirse culpables. Por la otra, viven con sacrificio la renuncia a algunos de los requerimientos de su profesión para poder hacerse cargo de los hijos y del hogar. Todo ello las empuja hacia complicadas estrategias que acaban penalizando su propia calidad de vida; siempre a «salto de mata», con prisas, con la sensación de «no llegar a todo». Perciben que son ellas, y no sus parejas de sexo masculino, las que tienen que renunciar en el terreno profesional. La rivalidad profesional dentro de los miembros de la pareja desemboca, generalmente, en el deterioro de la trayectoria laboral de la mujer y no a la inversa.

Este perfil de mujeres trabajadoras es también fuertemente víctima de la discriminación social sobre la función materna que se practica desde el ámbito laboral (despido por embarazo, rescisiones de contratos, dificultades de promoción, etc.). Hasta aquí no hay ninguna diferencia con el resto de madres trabajadoras. Pero en su caso, interviene un malestar adicional derivado del hecho de que sus profesiones sean vocacionales, en algunos casos creativas, y muy exigentes en términos de dedicación. Pasar a tener una menor disponibilidad de tiempo para la profesión después de ser madres, no sólo tiene consecuencias negativas derivadas de las exigencias externas (las presiones del mundo laboral), sino que también les genera insatisfacción personal.

Tomando como ejemplo el caso de una madre que se dedique al mundo académico, el hecho de publicar menos que antes no sólo obstaculizará su promoción (difícilmente llegará a ser catedrática), sino que, además, frustrará su deseo de contribuir al avance del conocimiento o a su ambición de éxito profesional, totalmente legítima. Lo mismo acontece cuando se trata de mujeres empresarias o que ocupan altos cargos directivos, muchas de las cuales se ven obligadas a abandonar la empresa privada una vez se convierten en madres y pasarse a la Administración, renunciando así a sus expectativas profesionales, con el único objeto de hacer compatibles los horarios laborales con el cuidado de sus hijos. Por lo tanto, para estas madres todo es mucho más complejo que el simple binomio de intercambiar tiempo de cuidado por tiempo laboral; por cuanto su profesión, con un fuerte componente vocacional, ocupa un eje importante en sus vidas.

«Creo que no hay derecho que las mujeres que no quieren hacerlo [renunciar al éxito

profesional], *no tengan más remedio que hacerlo. Porque yo no creo que mi opción la haya tomado en libertad. Porque yo he llegado a la conclusión que no llegaré jamás a ser catedrática. No, porque necesito espacio de tiempo para mi hijo y para mí. Lo necesito y a algo he de renunciar y a mi hijo no pienso renunciar. Por lo tanto, tengo que renunciar al trabajo».*

«Ahora publico una cuarta parte de lo que publicaba, porque no tengo tiempo. No tengo tiempo. Ya no puedo coger y decir, bien, ahora tendré dos días seguidos, que es lo que necesitas para hacer un buen artículo (...) Esto me ha supuesto una frustración horrible (...) porque no puedes con todo, pero es triste, es duro tener que renunciar porque si hubiera sido un hombre no lo tendría que haber hecho».

¿Cuáles son las alternativas? Ciertamente, las mujeres entrevistadas son conscientes de que buena parte de la causa del problema se sustenta en la penalización desde el mundo laboral de la función materna/paterna, tanto para los hombres como para las mujeres. En este sentido, hace falta repensar la actual centralidad productiva y aspirar a una organización horaria de la jornada laboral y de los servicios que se adapte mejor a las nuevas formas de vida y organización de los individuos, hombres y mujeres, y de los grupos familiares.

«A nivel de organización de trabajo de los hombres, puede quedar muy mal decir, mirad, tendré que irme a las 8 porque tengo que bañar a mi criatura».

Pero hemos comprobado que para estas mujeres esto no lo es todo. No se conforman con más facilidades de conciliación en cuanto que «madres» y «mujeres», a las que con toda probabilidad los hombres no se apuntarán. Mientras los hombres no asuman su corresponsabilidad en las tareas domésticas y familiares y ellas tengan que seguir ocupándose de la gestión y organización del hogar, el peso de la doble presencia les generará una fuerte insatisfacción, tanto como «madres» como «mujeres» con una identidad propia y una proyección pública. La maternidad y la dedicación intensiva a la profesión parece ser incompatible, debiendo escoger entre una u otra dimensión: si priorizan el éxito profesional tienen que renunciar o postergar la maternidad; si quieren ser madres, es probable que deban prescindir de algunas de sus metas profesionales. En cambio, para los hombres no se plantea tal dilema: ser padres y mantener un nivel óptimo de dedicación a la profesión es perfectamente compatible, a base de eludir una parte importante del trabajo reproductivo y dejarlo en manos exclusivas de sus parejas: las mujeres.

Y es esta desigualdad la que explica, según las madres profesionales entrevistadas, que su vida cotidiana, basada en la «doble presencia», sea mucho más difícil, costosa y agotadora que la de sus homólogos masculinos y el origen de todas sus frustraciones.

¹² Sin embargo, las dificultades materiales de estas madres no son pocas, si tenemos en cuenta la ausencia de servicios públicos que faciliten la conciliación. Habitualmente se trata de familias que no disponen de recursos económicos para poder aplicar estrategias de conciliación propias de las clases medias y altas, como

Mientras la vivencia de la paternidad es perfectamente compatible con las aspiraciones profesionales de los hombres, no lo es para ellas. Aquí radica la fuente del conflicto. Lo que reclaman estas mujeres es el logro de la democracia familiar, un reparto equitativo de las responsabilidades entre hombres y mujeres, de tal manera que se reconozca el derecho de las mujeres a decidir qué tipo de maternidad quieren vivir y qué tipo de trayectoria profesional desean seguir y con qué intensidad; en definitiva, reclaman superar el binomio «familia-profesión» al que actualmente se enfrentan.

Pero tampoco podemos dejar de lado otra constatación. No todos los obstáculos son externos. La propia mujer constituye un impedimento en sí misma que no podemos ocultar y que los planteamientos feministas tienen que revisar. Existen barreras también en el interior de la mujer, en su subconsciente. La socialización diferencial de género de estas madres se ve impregnada por el modelo de la «maternidad intensiva». Este hecho explica buena parte de la ambivalencia de un discurso que, por un lado, desde la racionalidad, reclama la igualdad total entre hombres y mujeres en la esfera pública y en la privada; pero, por el otro, muestra un sentimiento de culpa por el hecho de no poder proporcionar una presencia a sus hijos que no exigen o no esperan de los hombres. Es así como la maternidad no deja de ser un «espacio propio», atribuido a las mujeres; un espacio tradicional de poder al que no quieren renunciar, en cuanto que lo consideran inherente a su identidad femenina. Lo mismo pasa con el trabajo reproductivo: ¿delegarlo y recurrir al mercado?; sí, pero sin que la mujer pierda la esfera de control.

Ciertamente, ellas reclaman con vehemencia la presencia de los hombres en la esfera reproductiva, pero a la vez les resulta difícil compartir el espacio doméstico-familiar al 50%. Muchas veces, esta paradoja se pone de manifiesto cuando ellas mismas minusvaloran las capacidades masculinas para llevar a cabo una serie de tareas reproductivas, sobre todo en relación al cuidado de los hijos, con expresiones del tipo «él no es capaz de cuidar del niño cuando está enfermo». Lo que hay detrás es un fuerte sentimiento de patrimonio, de reticencia a cederles un espacio que socialmente se espera que sea ocupado por ellas. Así lo ilustra la apropiación que hacen estas madres, a nivel discursivo, de la potestad de gestionar y decidir a quién delegar el cuidado de los hijos cuando ellas no están.

5. CONCLUSIONES

La identidad de las mujeres se construye a partir de los valores de la individualización y la autonomía personal (Beck 1986). Que la mujer pase a ser el «centro de acción» en calidad de individuo, implica que no planifique su proyecto de vida en torno a la familia, sino también a partir de la necesidad de contar con una vida profesional propia y una presencia en el ámbito público a todos los niveles; sin olvidar una vida personal satisfactoria. En definitiva, la maternidad deja de ser el único eje central del proyecto vital y de las trayectorias biográficas de las mujeres y se convierte en un componente más, la importancia del cual variará en función de las características personales de cada mujer. Y la pregunta clave es: ¿cómo evitar el dilema, aparentemente irreconciliable e

indisoluble, entre trabajo remunerado, vida personal y maternidad? Un dilema que, hay que recordar, al que no tienen que enfrentarse los hombres, en cuanto que la construcción social de los roles familiares no les atribuye la responsabilidad del cuidado directo de los hijos.

Pese a que pueda parecer que la ideología de la maternidad intensiva se haya superado en nuestros días, nada más lejos de la realidad. Justamente es ahora cuando más se acentúa, en la medida que la imagen social de la maternidad de hace unas décadas no era tan exigente como lo es hoy. Sigue todavía fuertemente arraigada la creencia que la crianza de los hijos es una responsabilidad privada que, en un contexto óptimo, con suficientes recursos económicos, se tendría que llevar a cabo dentro del hogar, a cargo de la madre, a tiempo completo, sin contar con apoyo social externo. El arraigo de este modelo ideal de «buena madre», incompatible con las condiciones de posibilidad de las madres que trabajan fuera de casa, refuerzan la inseguridad y el sentimiento de culpa de muchas de ellas, sobre todo de las que tienen una vida profesional, afectiva o cotidiana más complicada o más atípica, sociológicamente hablando. Esta carencia de correspondencia entre determinadas prescripciones ideológicas y la vivencia de la maternidad no sólo genera culpabilidad, sino también insatisfacción, estrés, renunciaciones y sacrificios.

Nuestro objetivo ha sido abordar un tipo de mujeres profesionales que constituyen un pequeño subsegmento dentro del amplio espectro de madres trabajadoras, por cuanto tienen una proyección pública especialmente exigente en términos de formación y dedicación. Muchas de las mujeres trabajadoras, sobre todo las que cuentan con un nivel educativo más bajo, trabajan fuera de casa no tanto como el resultado de la expresión de un deseo de realización personal, sino que se ocupan en trabajos poco gratificantes que sólo les aportan poco más que los ingresos económicos necesarios para poder subsistir. Para estas mujeres, el dilema ideológico entre vida familiar y laboral no es demasiado traumático y la mayoría sabría con claridad cuál sería su prioridad si pudiera escoger, sin, por supuesto, ver menguar su capacidad adquisitiva: ocuparse directamente de la crianza de los hijos¹². En definitiva, comulgan sin fisuras con el modelo de maternidad «intensiva».

Si bien las mujeres manifiestan que quieren tener más hijos de los que tienen, cada vez renuncian más a este deseo (a través del retraso de la edad de la maternidad y la reducción del número de hijos y, en algunos casos, incluso la renuncia). Los rígidos modelos en torno a la figura de la madre y la división sexual del trabajo, en el plano simbólico, así como una serie de constreñimientos adversos en el plano más material (como, por ejemplo, la carencia de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva, la ausencia de políticas familiarmente responsables o las estructuras empresariales), no encajan con sus expectativas como individuos que no quieren renunciar a una vida social y profesional plena. Eso ocurre sobre todo entre las generaciones de mujeres más jóvenes y con determinados perfiles profesionales (ejecutivas, empresarias, académicas, investigadoras, etc.). A menudo se trata de mujeres jóvenes que han sido socializadas a través del patrón masculino del éxito profesional y desde el mito de «la igualdad entre sexos», a partir del cual han trazado su trayectoria profesional, emocional

y vital. Pero todo cambia, de pronto, cuando se enfrentan a la maternidad o al deseo de ser madres y se ven atrapadas también por el imaginario de la «maternidad intensiva» (Alberdi et al. 2000).

El precio que pagan estas mujeres, en muchos casos, es la renuncia a desarrollarse de forma integral a través de una vida personal y familiar llena. Las que no lo hacen y procuran lidiar con todos los «frentes» a la vez, de forma simultánea, también pagan un precio elevado: la vida cotidiana estresante e insatisfactoria de las «*superwoman*» y, en muchos casos, fuertes renunciaciones y sacrificios en el terreno profesional (promoción laboral, éxito profesional...). Más allá de consideraciones sobre hasta qué punto compensa el éxito profesional según los cánones masculinos de proyección exitosa hacia la vida pública y de la lógica competitiva propia del sistema capitalista de producción, el quid de la cuestión es que las mujeres que de forma legítima ambicionan este «éxito», se ven a menudo obligadas a escoger entre éste y la maternidad, en cuanto que existen barreras invisibles que les impiden desarrollar ambas esferas a la vez. Por eso es por lo que la experiencia vital de estas madres con trayectorias laborales «exitosas» demuestra que, pese a que las mujeres han conseguido el control de su capacidad reproductiva y la maternidad se ha convertido en una elección y no en una imposición social, no se dan las condiciones de posibilidad que les permitirían tener los hijos que desean.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, I.; ESCARIO, P. y MATAS, N. (2000), *Les dones joves a Espanya*, Barcelona, Fundació «La Caixa».
- BALBO, L. (1978), «La doppia presenza». *Inchiesta*, nº 32.
- BEAUVOIR, S. de (1987), *El segundo sexo*, Buenos Aires, Siglo XX (ed. or. en francés, 1949).
- BECK, U. (1998), *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós. (ed. or. en alemán, 1986).
- BECK, U. y BECK-GERNSHEIM, E. (1998), *El normal caos del amor*, Esplugues de Llobregat, El Roure.
- BECK-GERNSHEIM, E. (2003), *La reinención de la familia*, Barcelona, Paidós.
- BLANCO, A. I. et al. (coord.) (2000), *Nuevas visiones de la maternidad*, León, Universidad de León.
- BRANNEN, J. y MOSS, P. (1991), *Managing Mothers: Dual earner households after maternity leave*. London, Unwin Hyman.
- BRULLET, C. (2004), «Reflexiones sobre la maternidad en Occidente y sus condiciones de posibilidad en el siglo XXI». En *La función materna en los discursos culturales y en la organización social*, coord. por M^a ÁNGELES DE LA CONCHA y RAQUEL OSBORNE, Barcelona, Icaria-UNED.
- CARRASQUER, P., NOGUERA, J. A. y VARELLA, R. (1996), *El empleo femenino en el sector financiero en España*, Barcelona, Columna/CONC.
- CHINCHILLA, N.; León, C. (2004), *La ambición femenina*, Madrid, Aguilar.

por ejemplo pagar una guardería o recurrir a una «niñera»

- CHODOROW, N. (1984), *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y la paternidad en la crianza de los hijos*, Barcelona, Gedisa. (ed. or. en inglés, 1978).
- CID LÓPEZ, R. M. (2002), «La maternidad y la figura de la madre en la Roma Antigua». En A. I. BLANCO et al. (coord.), *Nuevas visiones de la Maternidad*, León, Universidad de León.
- FERNÁNDEZ-MONTRAVETA, C. (2000), «Mitos, realidades y la biología de la maternidad». En VV.AA. *Las Representaciones de la Maternidad*, Madrid, UAM.
- HAYS, S. (1998), *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Barcelona, Paidós. (ed. or. en inglés 1996).
- HIDALGO, M. V. (1998), «Transición a la maternidad y a la paternidad». En M. J. RODRIGO y J. PALACIOS (coord.) *Familia y desarrollo humano*, Madrid, Alianza Editorial.
- IZQUIERDO, M^a J. et al. (2004), *El sexisme a la UAB. Propostes d'actuació i dades per a un diagnòstic*, Bellaterra, Servei Publicacions - UAB. [<http://www.uab.es/actualitat/dosframes.htm>].
- MARI-KLOSE, M. y NOS COLOM, A. (1999), *Itinerarios vitales: educación, trabajo y fecundidad de las mujeres*, Madrid, CIS.
- MEIL, G. (1999), *La postmodernidad de la familia española*. Madrid, Acento Editorial.
- (2002), «Los desafíos al sistema de protección social derivados de la postmodernización de la familia». En *Políticas familiares en la Unión Europea*, ed. por LLUÍS FLAQUER, Barcelona, ICPS.
- MOORE, H. L. (1999), *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra.
- MORENO, L. (2001), «La «vía media» española del modelo de bienestar mediterráneo». *PAPERS. Revista de Sociologia*, nº 63-64, pp. 67-82.
- (2002), «Bienestar mediterráneo y 'Supermujeres'», *RES*, nº 2, pp. 41-57.
- NAKANO GLENN, E. (1994), «Social Constructions of Mothering: A Thematic Overview». En E. NAKANO GLENN, G. CHANG y L. RENNIE FORCEY (ed.), *Mothering: ideology, experience and agency*, New York, Routledge.
- OAKLEY, A. (1984), *Taking It Like a Woman*, London, Fontana.
- RICH, A. 1978. *Nacida de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Barcelona, Noguer (ed. or. 1976).
- ROWBOTHAM, S. (1981), «To be or not to be: the dilemma of mothering». *Feminist Review*, nº 39, pp. 82-91.
- SARASA, S. y MORENO, L. (eds.) (1995), *El Estado del Bienestar en la Europa del Sur*, Madrid, CSIC.
- SOTO, P. (2000), «A modo de conclusión». En VV.AA. *Las Representaciones de la Maternidad*, Madrid, UAM.
- SWIGART, J. (1991), *The myth of the bad mother*, New York, Doubleday.
- TOBÍO, C. et al. (1998), «Análisis cuantitativo de las estrategias de compatibilización familia-empleo», Departamento de Humanidades, Ciencia Política y Sociología, Universidad Carlos III (Madrid) (informe de investigación).
- (2000), «La contradicción familia-empleo y las estrategias de las madres trabajadoras». Ponencia presentada en el Simposio *Demografía y cambio social*, organizado por la Consejería de Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid, Madrid, 12 y 13 de junio de 2000.
- TUBERT, S. (1991), *Mujeres sin sombras: Maternidad y tecnología*, Madrid, Siglo XXI.
- VÁZQUEZ, E. (2000), «Demografía y cambios culturales», En VV.AA. *Las Representaciones de la Maternidad*, Madrid, UAM.
- WOOLLET, A. y PHOENIX, A. (1991). «Afterword». En A. PHOENIX, A. WOOLLET y E. LLOYD (eds.), *Motherhood: Meanings, practices and ideologies*, London, Sage.